



## Inagotables recursos

(9 de julio de 1961)

PLAZA CULTURAL DE  
DIARIO DE COLIMA



# Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2627

DOMINGO 31 DE ENERO DE 2021

Instalación tridimensional (3D) de *Nighthawks* (Noctámbulos), del pintor Edward Hopper, en la proa del emblemático edificio Flatiron de Nueva York.



ESCRIBEN: Miguel León, Mónica Lavín, Julio Zamora, Norma Navarrete, David Huerta, Magda Escareño, José Lomelí, Leopoldo Barragán y Carlos *Caco* Ceballos.



Atenea

## La lectura de los pintores

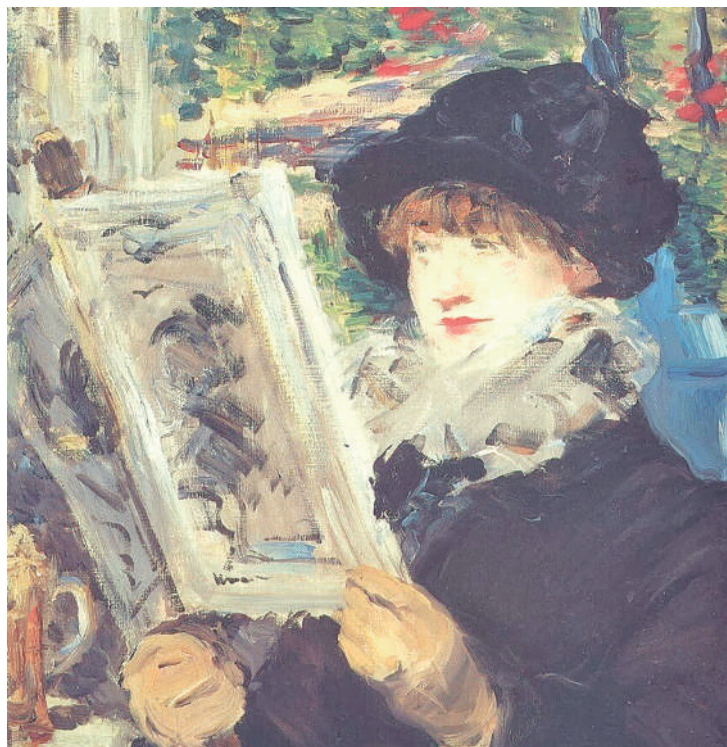
Julio César Zamora

Entre las actividades más esplendorosas de la vida es la lectura. El antes, durante y después de leer son como frenar el tiempo, luego viajar en él y finalmente reactivarlo para volver al presente de alguna manera distinta. Elegir un libro es semejante a buscar un amigo; escoger el momento y el espacio para empezar a leerlo son instantes que tú decides para iniciar o continuar su historia. En toda esa atmósfera que envuelve la lectura hay un placer incomparable, y al terminarla, algo diferente habita nuestro pensamiento, aunque sea por unos segundos, días o... para siempre.

Tal vez, por alguna razón similar, Renoir, Manet, Picasso y Matisse, entre otros pintores en el devenir de los siglos, decidieron plasmar en sus lienzos el refulgente episodio de la lectura, desde diferentes escenarios como la recámara, la sala, el jardín o en un café, quizá los espacios más comunes que la gente usa para leer, aunque cualquier rincón es propicio cuando así se desea, porque abrir un libro es como un anhelo sin más restricciones que la voluntad, un derecho a soñar.

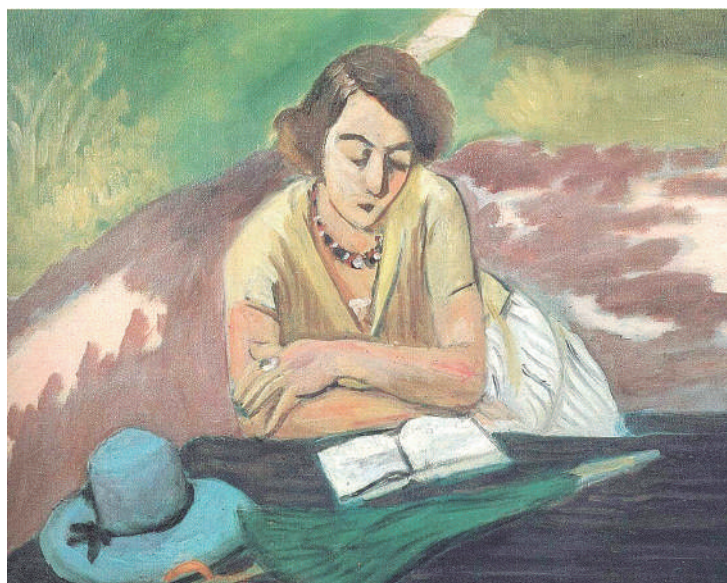
Los cuadros de estos pintores nos muestran este tema en común, el gozo de la lectura. Desde composiciones impresionistas, cubistas, expresionistas, hiperrealistas, los artistas nos recuerdan este momento mágico, sí, como un acto de magia que se puede repetir una y otra vez pero con un resultado que será siempre distinto, aunque en el instante o proceso de leer hay un mismo estado de fascinación, un relámpago que nos retrae de la realidad para desaparecer, ausentarnos, suspendernos en un estado de armonía que deseamos compartir a los demás.

Por ello aprovecho para renombrar esta columna, último día del primer mes del año 2021, para inducir en la lectura primordialmente, y las artes en general, a mi pequeña Atenea. La única diferencia con el nombre anterior, *Minerva*, es geográfico.

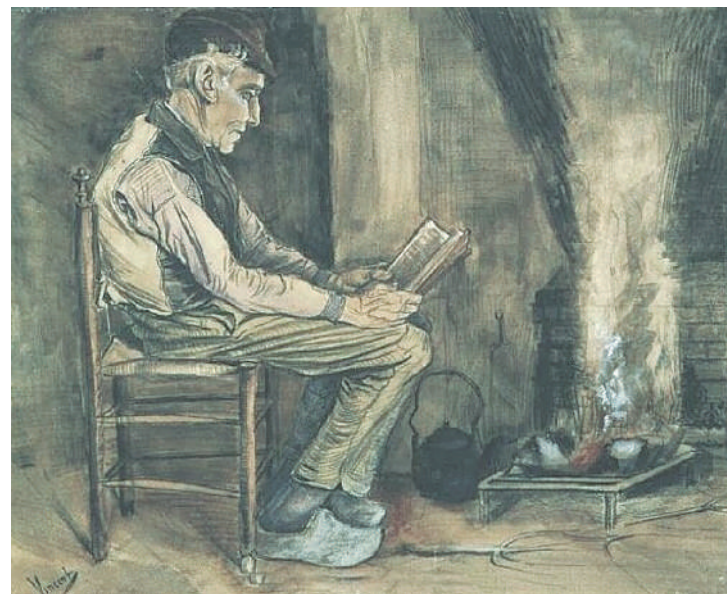


*Mujer leyendo, Édouard Manet.*

**“Un libro, como un viaje, se comienza con inquietud y se termina con melancolía”. José Vasconcelos (filósofo, educador y político mexicano).**



*Mujer leyendo con sombrilla, Henri Matisse.*



*Granjero sentado junto a la chimenea y leyendo, Vincent Van Gogh.*

**“Para viajar lejos, no hay mejor nave que un libro”. Emily Dickinson (poeta estadounidense).**



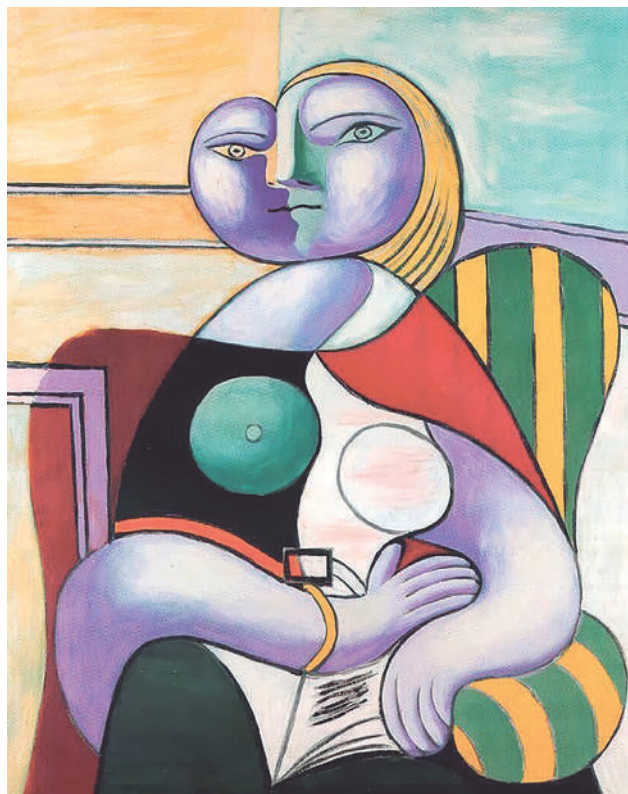
*Retrato de Louis Auguste Cezanne, padre del pintor Paul Cezanne.*



*Las lectoras de Browning, Sir William Rothenstein.*



*Mujer leyendo, Gabriel Picart.*



*Lectura, Pablo Picasso.*



*Marguerite leyendo, Guy Rose.*

**"Los libros tienen los mismos enemigos que el hombre: el fuego, la humedad, los animales, el tiempo y su propio contenido". Paul Valéry (escritor y ensayista francés).**



*Claude Monet leyendo, Pierre-Auguste Renoir.*



## El enemigo puede estar en tu propia casa

Miguel Ángel León Govea

### I

El enemigo puede estar en tu propia casa.  
Mi enemigo soy yo mismo.  
Mi indiferencia.  
El champú que uso.  
Mi irresistible vocación al consumo.  
Por eso me lavo las manos,  
libre de todo mal  
por veinte segundos.  
Por eso miro a las ciudades  
sin darme cuenta  
que la ciudad soy yo mismo.  
Y tú que moriste o morirás  
en la sala de urgencias, en la calle  
o en tu sala  
eres también la ciudad.

### II

Cada nuevo pico en la pandemia  
deja en huesos a la ciudad desierta  
(ahora conocemos el poder de las olas).  
Cada promesa de gobiernos  
deja en silencio la esperanza entera.  
Cada noticia falsa dice más del mundo  
que las antiguas certezas.

Pilatos volvería a lavarse la manos  
ante esta cruz y ficción colectiva.

### III

Ojalá desobedezcamos un poco  
y nos tendamos la mano.  
Ojalá hagamos realidad  
el sueño de los justos.  
Ojalá que las naciones, unidas,  
de tanto lavarse las manos  
se quiten la sangre de encima.



## VIÑETAS DE LA PROVINCIA

# Inagotables recursos

Don Manuel Sánchez Silva

(9 de julio de 1961)

**Y**a en otros artículos de esta serie, se ha diseñado la interesante personalidad de Agustín Santacruz, talentoso y polifacético paisano fallecido en un trágico accidente automovilístico.

Y también se ha dicho que de Agustín podría escribirse todo un anecdotario. Así fue fecunda su vida bohemia, en toda suerte de aventuras!

Entre sus más destacadas características, figuraba una irresistible inclinación a meterse en dificultades innecesarias y una admirable habilidad para salir de ellas con donaire y hasta con elegancia. Nadie como Agustín para tirarse de cabeza en situación de peligro, buscando lances callejeros, provocando pleitos de cantina y retando a duelo a quienes ninguna ofensa le habían causado. Y nadie como él para sostener y elevar el tono del desafío y la actitud agresiva, si el presunto rival demostraba prudencia o miedo. Pero cuando ocurría lo contrario, Agustín encontraba la infalible y pronta manera de eludir el compromiso y evitar que la sangre llegara al río. Fue único para hacer que las tormentas de cólera se disolvieran amigablemente entre sorbos de buen coñac. Disponía de una fuente inagotable de recursos para conjurar airosamente los casos difíciles, que tan afecto era a crear. Para apreciar debidamente semejante peculiaridad, es preciso tener presente que Agustín era inteligente, muy inteligente, singularmente simpático y que en un certamen nacional resultó campeón de oratoria de Jalisco. Hablaba mucho y bien; ahí estaba el máximo secreto de sus triunfos.

En 1933 Agustín vivía en la Ciudad de México, dedicado en cuerpo y alma a la bohemia. Se hizo amigo de las gentes notables de aquel entonces: toreros, compositores musicales, pintores de fama, políticos influyentes y artistas de teatro, por supuesto con preferencia las del bello sexo.

Por esa época estaban de moda, como sitios de reunión nocturna, el café Chufas y el Principal, este último instalado en el local donde tiempo atrás estuvo el teatro frívolo del mismo nombre, en la calle de Bolívar casi en esquina con la 16 de Septiembre. Frente al Principal había una zapatería cuyos aparadores protegían, por el lado de la calle, unas gruesas barras metálicas rematadas en perillas de latón. Esa era el centro de operaciones de Agustín, que rodeado de amigos, gustaba de perder el tiempo -o de ganarlo- permaneciendo largas horas en la banqueta de la zapatería, de espaldas a los aparadores, piropeando a las mujeres hermosas que pasaban y manteniendo en suspenso a sus compañeros de bohemia, con el inacabable repertorio de sus cuentos. De ese lugar se retiraba tan sólo para visitar el café Chufas o el Principal, a seguir desgranando las horas entre chistes y ocurrencias.

Una vez, cierto amigo y paisano suyo le presentó en el Principal a una amiga. Tratábase de una guapísima mujer, joven y recientemente divorciada, que dolorida por el fracaso de su matrimonio necesitaba y buscaba un apoyo que la sostuviera y levantara su moral abatida. Era una muchacha decente, hermana de Chucho Nájera, famoso boxeador que había conquistado el campeonato de los pesos gallos.

En esa ocasión, Agustín departía en un “pullman” del Principal con Carlos Ruano Llopis, el célebre pintor de temas taurinos; Luisito Alcaraz, autor de “Corazón Rojo”, canción que todo México cantaba; Joaquín Pardavé, que disfrutaba de justas y generales simpatías entre los tandófilos; y tres o cuatro celebridades más. Al ver a su amigo y a la guapa mujer que le acompañaba, se desprendió del grupo y los saludos con la finura y gracia irresistible que le eran propias. Insistió en invitarles un jaibol en “La Cucaracha”, bar íntimo que acababa de ser inaugurado en San Juan de Letrán; de ahí, los tres se fueron a dejar a la dama en su domicilio de las calles del Cedro. Luego, los dos amigos se regresaron al Principal a seguir desvelándose.

A los tres o cuatro días, la joven divorciada llamó por teléfono a su amigo para comunicarle, entre sollozos, que Agustín había estado en su casa, más corrido que escaso y con evidentes intenciones nada recomendables.

-¡Yo no merezco esto! -gimoteaba la muchacha-. Tú debes haberle dicho a tu amigo que yo era... otra cosa... Y tú sabes que no lo soy. De otra manera no se hubiera atrevido a faltarme... y colgó el teléfono.

Inocente en lo absoluto de lo ocurrido y, por lo mismo, profundamente indignado, el paisano de Agustín tomó una resolución:

-Voy a romperle las narices a este tal por cual.

Conocedor del género de existencia que llevaba Agustín y sabiendo que de las ocho a las nueve de la noche lo encontraría frente a la zapatería de Bolívar, se dirigió hacia ese punto. Y efectivamente, ahí estaba. Pero desde que el amigo tomó la banqueta de la esquina, frente al Banco de Londres y México, Agustín, que de lejos lo había advertido, se adelantó con los brazos abiertos:

-¡Pégame! ¡Pégame duro en la cara! Eso y más merezco por mi comportamiento innoble. Tú eres la flor de los amigos y tu amiga es toda una dama. Una verdadera dama, con la que yo me porté como un canalla... Anda, pégame, para que echés fuera tu coraje. Te aseguro que no meteré las manos. Soy un amigo traidor que necesita castigo.

Y al declamar el patético ruego, Agustín ofrecía alternativamente una y otra mejilla a los puños cerrados del amigo. Puños que no llegaron a dispararse. ¿Cómo se puede pegar a una persona que lo está implorando?

El trance se resolvió en solfa:

-Eres un esto y un el otro -comentó el amigo ofendido, y con eso quedaron a mano. ¿Qué más podía hacerse?

El trance se resolvió en solfa:

Y Agustín, finísimo psicólogo, intuyendo que la ira se había desvanecido como nube estival, cogió a su amigo del brazo para cruzar la calle y penetrar en el Principal, donde entre humeantes tazas de café, sentimentales evocaciones del terruño y chispeantes anécdotas, pasaron el resto de la noche. Cuando abandonaron el establecimiento, amanecía.

\* Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima.†



*Nighthawks* (1942), pintura de Edward Hopper.

**Insistió en invitarles un jaibol en “La Cucaracha”, bar íntimo que acababa de ser inaugurado en San Juan de Letrán; de ahí, los tres se fueron a dejar a la dama en su domicilio de las calles del Cedro. Luego, los dos amigos se regresaron al Principal a seguir desvelándose.**

Libros y otras cosas

## Los poetas irlandeses

David Huerta

Cuenta Joe Biden que sus antiguos colegas en el Senado de los Estados Unidos le reclamaban jovialmente que se pasaba el tiempo citando versos de poetas irlandeses. Biden explica que no lo hace por ser él mismo irlandés, sino sencillamente porque aquellos son “los mejores poetas del mundo”. Desde luego, es una opinión discutible, pero no absolutamente descabellada. (El actual presidente de los Estados Unidos dice que es “irlandés”: lo mismo sería escuchar a Robert de Niro decir que él es “italiano” o a Yo-Yo Ma que es “chino”: de esa manera se refieren a sus ancestros remotos o más o menos cercanos, así como a la tradición y a la cultura que los nutrió. Son, todos ellos, desde luego, norteamericanos o, como ahora se dice trabajosamente “estadounidenses”).

Irlandeses y mexicanos comparten algunos rasgos: son países en los que hay una presencia fuerte del catolicismo y existe la no menos poderosa gravitación de un vecino potente y agresivo. Esas características explican quizá la heroica decisión de los soldados del Batallón de San Patricio de unirse a los mexicanos en su lucha común contra los invasores y opresores. Uno de mis paseos favoritos con amigos norteamericanos es a la plaza de San Jacinto, en San Ángel, para admirar el monumento a esos soldados que se sacrificaron por el país que les habían ordenado invadir.

Pero vamos a los poetas.

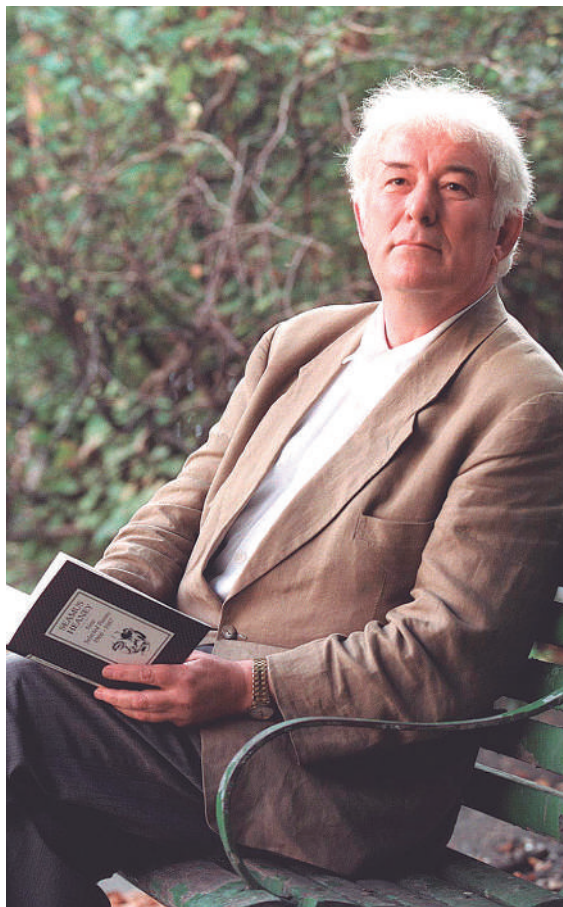
En la fiesta nocturna por el principio del gobierno de Biden participaron varios músicos y uno de

ellos, Lin-Manuel Miranda, estrella de Broadway, hizo algo que seguramente le simpatizó al nuevo gobernante: dijo un fragmento del poeta irlandés, cómo no, Seamus Heaney, a quien dediqué un sentido recuerdo en esta misma columna cuando murió, en 2013. Es un pasaje en el que todo avanza hacia el verso en que se habla de cómo pueden rimar la esperanza y la historia.

Lo que recitó Miranda lo firmó Seamus Heaney, desde luego; pero no es total y absolutamente una creación suya: es una reescritura de Sófocles, del drama titulado *Filoctetes*, nombre de un veterano guerrero de los aqueos. Heaney se apropió de la obra griega, la reescribió, y le puso el título de *La curación en Troya*; aparece a veces como una obra suya y otras veces, con más exactitud y justicia, como la reelaboración de un texto clásico.

Cualquier distraído diría que Heaney robó a Sófocles y le arrebató indebidamente el crédito de una historia apasionante. No es así. La sólida formación clásica del poeta irlandés le pidió, por así decirlo, esa “toma” de una obra ajena para hacerla suya y firmarla con su nombre; eso hizo James Joyce, otro irlandés genial, con Homero, cuando compuso su oceánica novela *Ulises*. Heaney lo hizo también con otra obra de Sófocles, la célebre *Antígona*, que él convirtió en *Sepelio en Tebas*, puesta en buen español por Hernán Bravo Varela (y publicada por Vaso Roto).

Luego de la estulticia de Trump, es refrescante un político con buenas lecturas.



Seamus Heaney, poeta irlandés.

**Irlandeses y mexicanos comparten algunos rasgos: son países en los que hay una presencia fuerte del catolicismo y existe la no menos poderosa gravitación de un vecino potente y agresivo. Esas características explican quizá la heroica decisión de los soldados del Batallón de San Patricio de unirse a los mexicanos en su lucha común contra los invasores y opresores.**

### POESÍA DE SEAMUS HEANEY

#### Un sueño de celos

Caminando contigo y otra dama  
por un parque boscoso, la susurrante hierba  
corría sus dedos a través de nuestro silencio sospechoso  
y los árboles se abrían hacia un sombreado  
claro e inesperado donde nos sentamos.  
Creo que el candor de la luz nos desalentó.  
Hablamos sobre deseo y ser celoso,  
nuestra conversación una simple bata suelta  
o un mantel de pic-nic blanco desplegado  
como un libro de modales en el desierto.  
«Muéstrame,» dije a nuestra compañera, «lo que  
tanto he deseado, tu estrella malva del pecho.»  
Y ella consintió. Oh ni estos versos  
ni mi prudencia, amor, pueden curar la herida de tus ojos.

#### Cavando

Entre mi dedo medio y el pulgar  
la pluma descansa, como un arma.  
Debajo de mi ventana, un ruido carraspea  
cuando la espátula se hunde en tierra arada:  
Mi padre, que cava. Miro hacia allá  
Hasta donde su forma cansada agachándose  
entre las flores regresa de hace veinte años  
balanceándose rítmica entre huecos de papa,  
los que él cavaba.  
La bota endurecida enterrando la pala, la vara  
firmemente sostenida hacia dentro de la rodilla  
desenraizaba hierbajos: el brillante metal  
se enterraba para dejar yacer ahí las papas  
recién plantadas,  
mientras admirábamos dureza fresca entre las manos.  
Por Dios, que el viejo podía manejar una pala  
justo como hacía su viejo.  
Mi abuelo cortaba más hierba seca en un día  
que cualquier hombre en el pantano de Toner.  
Una vez le llevé leche en una botella  
lerdamente cubierta de un papel. Se levantó  
para beberla, luego volvió a su trabajo  
de inmediato, dejando bloques  
frente a él, yendo más y más abajo  
para encontrar buenos hierbajos. Cavando.  
El aroma frío a papas aplastadas, las manchas y trozos  
de madera mojada, los bloques cortados de hierba  
con raíces desprendidas, despiertan en mi cabeza.  
Pero yo no tengo pala para seguir a esos hombres.  
Entre mi dedo medio y mi pulgar  
la pluma descansa.  
Cavaré con ella.

## Lecturas para tiempos difíciles

Mónica Lavín

**E**s cierto que la experiencia del arte en cualquiera de sus manifestaciones siempre ensancha el espíritu, enriquece el diálogo con lo sutil, aceita asombros y da un sentido más profundo a nuestra mortal existencia. En tiempos como los que estamos viviendo, la necesidad del arte es mucho más evidente. Me queda muy claro mientras leo la novela-documento de Verónica Ortiz Lawrenz, publicada recientemente por Lectorum, *Una decisión equivocada*.

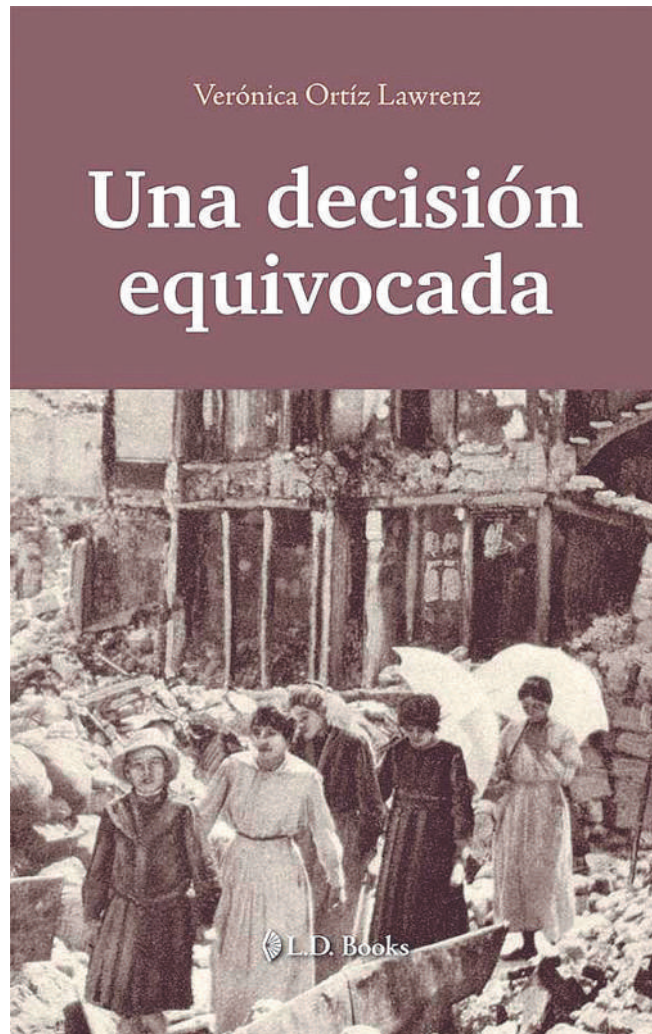
Anita, la tía de la autora, nacida en Sonora pero enviada junto con sus hermanas a Alemania en 1938, es apresada al triunfo de los aliados por un guardia ruso que intenta abusar de ella. Al huir es acusada de espía. El periplo carcelero, injusto y vejatorio; el trato inhumano y la imposibilidad de demostrar su inocencia y ser enviada a México, calan hondo en el lector que ha sido advertido por la autora de las conversaciones con las que se documentó para poder elaborar este poderoso y desgarrador texto.

Me detengo en el momento en que Anita escucha música en aquel campo de concentración nazi convertido en cárcel rusa: Una noche las llevaron a un amplio sótano adaptado como teatro. Fue una hermosa sorpresa, Heinrich dirigía la obra y Bebel Macharoff, un rumano, era el director de orquesta. Los mismos presos actuaban y tocaban algunos instrumentos viejos y desafinados. "Verlos y escucharlos era como estar en el cielo", recordaba Anita. Pusieron *Madame Butterfly*. Esos fueron, en mucho tiempo, momentos de felicidad y tranquilidad. Conmueve el arropo de la música, el cobijo de la belleza, el respiro de dignidad pasajera devuelto a la joven de 17 años.

El consuelo del arte. Las

lecturas que habitualmente hacemos han cobrado otra dimensión en estos tiempos pandémicos. Los libros han sido una compañía piel a piel. Si años anteriores me he propuesto hacer una bitácora para recordar lo leído en el año, cuando empieza el siguiente de alguna manera ya no recuerdo con precisión los títulos recorridos. Pero el 2020 ha fijado de otra manera las experiencias lectoras. Me doy cuenta que abundaron las escritoras. El muy original *Los errantes*, a caballo entre el ensayo y los relatos, de Olga Tocarczuk, premio Nobel 2019; la orfandad en medio de la comprensión de la participación de Cuba en la guerra de Argelia en el entrañable *El hijo del héroe* de la cubana Karla Suárez; *Temporada de huracanes*, violento y desolado, de Fernanda Melchor; *Demasiado odio* de Sara Sefchovich, el reverso de *Demasiado amor*, muchos años después en que la protagonista regresa a México, conoce y viaja con su amante-hijo de Apatzingán para reconocer, acostumbrarse y participar en la violencia irracional. Su lectura precedió a *La decisión equivocada* de Ortiz Lawrenz y de alguna manera se encaran dos violencias al límite, dos oscuridades de guerras, con dos tonos y en dos momentos históricos.

Imparto un curso virtual de lectura de cuentos a través de la Sociedad Artística Sinaloense y me doy cuenta de la capacidad que tienen ciertas piezas memorables para aterciopelar la incertidumbre, ofrecer resquicios de belleza frente a las cifras amenazantes de una pandemia que en nuestro país parece incontrolable. Pienso en Anita Lawrenz Tirado, cuya circunstancia me duele en los huesos, y estoy con ella mientras escucha ese trozo de concierto. Sólo el arte puede mitigar el horror.



**S**i años anteriores me he propuesto hacer una bitácora para recordar lo leído en el año, cuando empieza el siguiente de alguna manera ya no recuerdo con precisión los títulos recorridos. Pero el 2020 ha fijado de otra manera las experiencias lectoras.

Embrionario

## Calamidades

Magda Escareño

II Claridad oscurecida:

Lo brillante de los focos eléctricos, deslumbra a los que se asoman y se quedan mirando, sentaditos en las butacas (unas improvisadas), cómo se mueven los que disfrazan las realidades con trapitos manchados de olvido. Y quedan manchados de un presente impregnado de festividades con el color de la pereza...

## A partir de hoy, y

Norma Navarrete

A partir de mis palabras  
las palomas saben que los sueños  
también tienen alas y...  
Que estas abren sus ojos  
con claridad al volar.

Al volar cierro mis ojos.  
Sé que sólo dormida:  
No temo a las alturas.

Pero utilizo esta poesía  
y algunas otras de hace tiempo  
como un paracaídas, de...

Muchos colores que dibujan  
al caer,  
muchas palabras, con pausa.



## Mi candidato

Leopoldo Barragán Maldonado

Sobre las áridas dunas de este pandémico inicio de año se han dejado sentir los ventarrones de la propaganda electorera, que según dicen los medios televisivos, serán unos comicios “históricos”; entre aquellas polvaredas se alcanzan a divisar las siluetas de varios fantasmas que, como si se tratase de alquimistas, pretenden ofrecernos elixires y panaceas para remediar los problemas públicos y males sociales que aquejan a nuestra comunidad; en este vendaval, el ilustre desconocido quiere ser conocido, los célebres deshonestos ahora predicán su falsa honestidad, el desprestigiado inventa su quimérico prestigio, los descalificados desean calificar, el olvidado procura ser recordado, el vicioso se presenta como virtuoso, y hasta los cadavéricos espectros se levantan de sus sepulcros para deambular en busca de otra oportunidad para seguir viviendo del desacreditado mundo de la politiquería. Los tiempos actuales reclaman un rechazo contundente de todo maquiavelismo demagógico, las promesas de sacarnos del ‘árbol del ahorcado’ en este país del ‘nunca jamás’, y llevarnos al encanto de ‘Alicia en el país de las maravillas’, es mera petulancia. Dice mi candidato: “la desproporción entre lo que pretende ser y lo que es realmente determina en la conciencia un conflicto penoso del que resulta un complejo de inferioridad”.

Es suficiente mirar los *spots* propagandísticos para darnos cuenta de la hipertrofia axiológica por la que atraviesa la vida política contemporánea. La teoría y praxis política si quiere sustentarse como tal, debe construirse sobre valores éticos, y éstos, a su vez, sostenerse en bases antropológicas, de lo contrario la esencia de la política se transforma en politiquería, es decir, su forma viciada que se expresa en la degradación de la conciencia moral, generando todo tipo de inmoralidades, deshonestidades, desenfrenos, corrupciones, despilfarros, depravaciones, y otras sinvergüenzadas implícitas en su mismo proceso de descomposición.

En esta sociedad aparentemente democrática, regulada por un supuesto estado de derecho, todos tenemos el derecho de votar y ser votados, gozamos de la prerrogativa de elegir a los representantes políticos que consideramos, o prácticamente los más aptos, o técnicamente los menos ineptos, para que funjan como nuestros empleados temporales. Así que en medio de estos vientos encontrados y ante las proximidades de la contienda electoral, me puse a pensar quién sería mi candidato ideal, realmente no fue una decisión que tomó mucho tiempo porque hay cosas más importantes que hacer, pero llegué a la conclusión de que mi gallo es Don Samuel Ramos, preferencia que tiene que ver con su lema “el hombre es una entidad axiológica”.

Según mi punto de vista, si partimos de una base ética concibiendo a las personas como seres portadores de valores, sería factible redefinir no sólo el sentido de la política, sino lo más esencial, construir una sociedad equilibrada, ya que las causas del malestar social y el deterioro de la conciencia cívica no radican en la defectuosa ingeniería del sistema democrático, ni en los desacreditados partidos políticos, sino en la pusilanimidad del carácter de los mexicanos, y consecuentemente, en la falta de una conciencia *vital* nacional, o como señala José Ortega y Gasset, en la carencia de una auténtica ‘arquitectura humana’; tenemos, pues, que rediseñarnos de abajo hacia arriba. El gran problema del país no es político, sino antropológico; el inconveniente de México no son sus instituciones, sino nosotros mismos.

Mi candidato, en su obra *El perfil del hombre y la cultura en México*, nos recuerda que “lo nuevo nos interesa solamente cuando es superficial como la moda. Para la

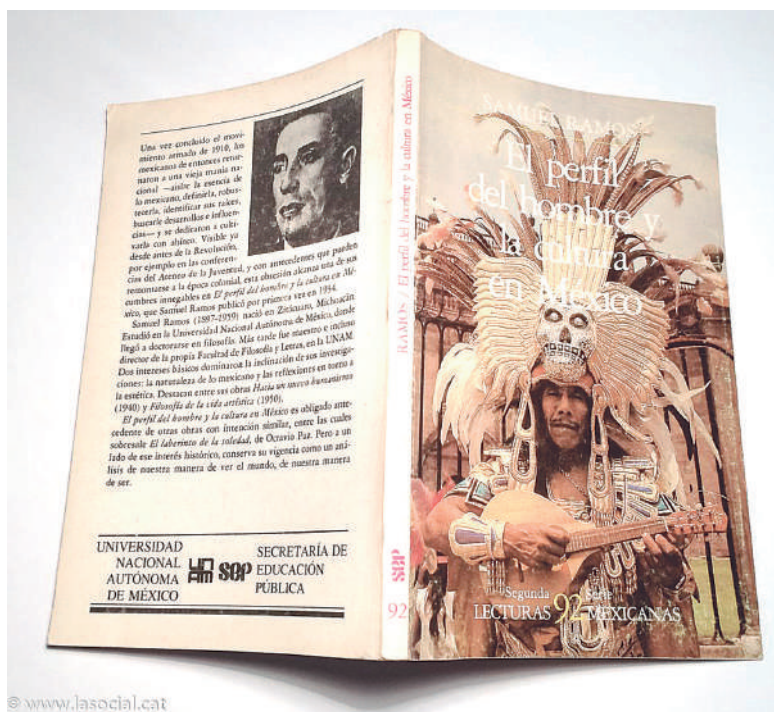
edad que tiene México, ha cambiado muy poco. Nuestros cambios son más aparentes que reales, son nada más disfraces”. Es cierto, nos disfrazamos, nos vendamos de pies a cabeza como si fuéramos momias egipcias, para ocultarnos de todo aquello que nos pueda arrancar el acartonamiento de nuestra impasible conciencia cívica. En la obra mencionada Samuel Ramos esgrime la tesis del “egipticismo indígena” para referirse a la renuencia de algunos pueblos para embarcarse en los avances del progreso, debido a que “su espíritu estaba dispuesto a la pasividad. Desde antes de la conquista los indígenas eran reacios a todo cambio, a toda renovación. Vivían apegados a sus tradiciones, eran rutinarios y conservadores. En el estilo de su cultura quedó estampada la voluntad de lo inmutable”. Pudiera refutarse que dicha obra fue escrita en 1934, hace 87 años, ¿pero en ese lapso de tiempo es posible visualizar alguna diacronía, una revolución cultural o moral que contradiga lo anterior, o seguimos viviendo con nuestra jacarandosa pasividad y bullanguero valemadrismo? Creo más bien en la segunda proposición, y si a esto le añadimos lo que proclama mi

candidato: “no se puede negar el hecho de que en México es débil el espíritu de cooperación y la disciplina a la colectividad”, la cuestión empeora, pero en su agravamiento está el beneficio de la politiquería.

Los años pasan y permanecemos felices en el mundo etéreo de la pasividad, evadiendo nuestra responsabilidad ciudadana, rehuyéndole a los cambios radicales, aunque eso sí, nos pintamos solos para hablar, criticar, trasladar responsabilidades a los otros y culpar a los demás de las desgracias que padecemos. Esta patología antropológica requiere de un profundo corte quirúrgico, con justa razón mi candidato advierte: “Hay que hacer algo urgentemente para detener ese vértigo que nos conducirá al suicidio nacional. Cultivar por un lado la ironía de la política: ¿acaso el mal no proviene de que ésta se toma demasiado en serio? Hablo de una ironía superior, que no hay que confundir con el chascarrillo, con la burla soez y envenenada que se propone ofender y que nace de la maldad”.

Las dicotomías heredadas por el pensamiento occidental han sido un virus que daña al organismo social, desde las clásicas bifurcaciones grecolatinas: cuerpo y alma, materia y espíritu, hasta la disyuntiva maquiavélica: ética o política. No, claro que no, el universo no es exclusión, sino inclusión, somos confluencia de elementos, unión cósmica, unidad en el ser que tiende hacia determinados fines, el ser es uno, pero las acciones múltiples. Mi candidato, en su texto *Hacia un nuevo humanismo* -y remitiéndose a Ortega y Gasset-, recupera la idea del ‘alma corporal’ o ‘vitalidad’, dice el filósofo michoacano: “aquí se funden lo somático y lo psíquico, lo corporal y lo espiritual, y no sólo se funden, sino que de ahí emanan y se nutren. Cada hombre tiene una fuerza vital rebotante o deficiente, sana o enferma. Del grado de vitalidad depende en buena parte lo que sea el carácter”.

Los sistemas políticos, las formas de gobierno, son contingentes, accidentales, bastan unas elecciones y en un día las cambiamos, pero nosotros somos necesarios, he aquí la traba y el reto histórico fundamental: ¿Cómo trasmutar nuestra cultura ciudadana?, ¿estamos dispuestos a emprender una nueva arquitectura cívica, o permanecer renuentes entre las ruinas de la conciencia quejumbrosa? Sin una conciencia moralmente *vital*, los ciudadanos débiles sólo generan sociedades enfermas, las sociedades enfermas sólo crean Estados moribundos.



**Mi candidato, en su obra *El perfil del hombre y la cultura en México*, nos recuerda que “lo nuevo nos interesa solamente cuando es superficial como la moda. Para la edad que tiene México, ha cambiado muy poco. Nuestros cambios son más aparentes que reales, son nada más disfraces”.**

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

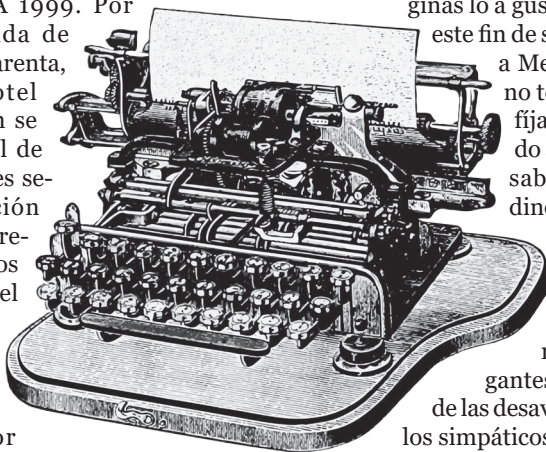
## Consejos y resultados

Carlos Caco Ceballos Silva

**P**RIMAVERA 1999. Por la temporada de los años cuarenta, el gran Hotel Ceballos de Cuyutlán se constituía en el hotel de muchas estrellas, pues según la reglamentación internacional, las estrellas corresponden a los servicios que ofrece el establecimiento a sus huéspedes. Por ese año, el hotel, tenía médico y enfermera proporcionados por Salubridad, el correo y el telégrafo tenían cuartos para sus respectivos servicios, el bien ponderado Felipe Llerenas era el fotógrafo oficial, había servido de salvavidas con un novísimo pulmón adquirido por el hotel; se estableció un acuerdo con Schiaffino del servicio Panini, arreglándose para el caso, una pista de las salinas; desde luego el bofetaje y las reservaciones se atendían en la propia administración. Había un peluquero, el mago de la tijera, Moisés Delgadillo; el lustrador oficial era Ramoncito, información turística, sitio de automóviles en las puertas del hotel y un sacerdote jesuita que confesaba y daba la bendición a las timoratas que le temían a la ola verde.

Todos estos servicios extras completaban los beneficios que gozaban los pasajeros del hotel. Pues bien, en este sitio privilegiado y dado el gran número de familias de Jalisco y Michoacán, que eran sus huéspedes cotidianos, había confianza y camaradería, por lo que se platicaban confidencias, se pedían consejos; desde luego el administrador, por su buena conducta y seriedad, era el que recibía más confidencias. Recuerdo que en una ocasión una señora me platicó de lo sinvergüenza que era su marido y de lo mucho que la hacía sufrir, terminando por suplicarme que en la primera oportunidad hablara con su esposo y lo aconsejara; él llegó en el tren del sábado y después de cenar tuve la oportunidad y hablé con él; me escuchó, se negó y nos dimos las buenas noches. Al día siguiente liquidaron su estancia y nunca más volvieron al gran Hotel Ceballos.

Recuerdo de un matrimonio, allá por los sesentas, que cada vez que se visitaban con la señora de mi amigo, la aconsejaban: ¿Por qué no te lleva tu marido a México? Nosotros vamos todos los viernes a cenar fuera. Te invitamos este fin de semana a Guadalajara. No te ima-



ginas lo a gusto que nos la pasamos este fin de semana en el mar. Dile a Memo que te saque, que no te tenga tan encerrada; fíjate en nosotros, siguiendo andamos fuera porque sabemos para qué es el dinero. Y la santa señora, creída de tan buenos consejos, esperaba al esposo con la “espada desenvainada”, mientras que los intrigantes deben haberse reído de las desavenencias causadas por los simpáticos consejos.

Por los setentas, *El soñador*, vendedor de billetes de lotería, apodado así porque contaba que soñaba los premios y terminaciones, se presentaba por la mañana al día siguiente de que se había efectuado el sorteo para que le facilitara cincuenta o cien pesos para completar la liquidación, pasar a la lotería a liquidar y que le dieran los nuevos billetes. Por varias veces lo estuve refaccionando, desde luego, al mediodía pasaba a pagarme, hasta que un día le pregunté a qué se debía esto, y entonces me platicó que a última hora y no pudiendo vender los billetes, los fiaba para se los pagaran al día siguiente, y era la razón por la que tenía que pedirme, para que con ese dinero completara su liquidación. Ya con los nuevos billetes, al venderlos, me pagaba y fiaba los que a última hora no se podían vender. Al oírlo, le aconsejé que no lo volviera hacer, que los billetes de loterías no se fiaban, etcétera, etc., posiblemente pudo mucho mi recomendación, pues el siguiente sorteo ya no pasó a pedirme dinero. Pasaron unos días y viniendo hacia la acreditada y prestigiada Casa Ceballos, le alcancé, vi sus billetes, uno me gustó, así es que con la mayor naturalidad le dije: Me llevo éste, al rato pasas a la tienda para pagártelo. No, don Carlos, los billetes no se fían, así es que aquí se lo guardo y cuando traiga los cincuenta pesos se lo lleva. Pero es que yo siempre te he prestado dinero. Sí, don Carlos, pero usted mismo me ha aconsejado que no fíe los billetes, y ahora solamente yo le hago caso a sus consejos. Moraleja: nunca des consejos, cuando menos expresa tu opinión y siempre que te la pidan, pues no debes olvidar el viejo dicho “el que se mete a redentor sale crucificado”, y el que “se mete a predicador siempre es aporreado”.

\* Empresario, historiador y narrador. †

Cuentos leonescos

## El germen de la vida

II/II

José María Lomelí Pérez

La vida es una pequeña flama que reside en la cabeza, majestad. Habitualmente libera pequeñas chispas que recorren nuestros cuerpos a través del torrente sanguíneo, dándonos así vigor y movimiento —dijo el alquimista sonriente mientras tomaba con ambas manos el llamativo dije.

Nicolás pareció complacido al ver que alguien por fin le daba una respuesta concreta que no sólo se centraba en la naturaleza de la vida, sino en ese preciso aspecto que a él le interesaba, es decir, lo que la hace germinar. Así, juzgando que aquel hombre sabía de lo que le hablaba inquirió curioso:

—¡Bien! Dime: ¿sabes tú cómo mantener encendida esa flama, hombre sabio?

—A cambio de mi revelación os pido una garantía de vida, majestad. Quiero que me asegure que al momento de salir de su ciudad no habrá nadie que me persiga.

El rey respondió afirmativamente y entonces el alquimista extrajo del dije una piedrecilla plana, negruzca, del tamaño de una nuez, la cual tenía grabada a su alrededor extrañas inscripciones con brillantes letras plateadas. Después sosteniéndola en su mano derecha dijo:

—Este es el germen de la vida que tanto anhela, majestad. Llévelo siempre pendido al cuello y suméjalo cada noche primera de mes en el agua que ha de beberse. Cuando lo haga, se dará cuenta de que las letras brillarán como el oro, mas la clave de que esto funcione reside en el hecho de que nunca descifre su significado. De tal forma su vida será tan larga en la medida que no se olvide de mis palabras.

Eso dijo el alquimista y extendió ambos brazos hacia el rey ofreciendo en su mano derecha la piedra y reclamado con la izquierda la recompensa. Nicolás no dudó de sus palabras y cumpliendo su promesa

pagó lo acordado y acompañó al extraño hombre hasta la salida del palacio. No obstante, antes de verlo partir, el rey formuló la última de sus preguntas:

—¿Y si falla? ¿Cómo sabré que no es un timo o un vil engaño?

—Todo mal que a usted aqueje o molestia corporal desaparecerá desde el momento en que siga mi receta. Pero lo más importante es que el tiempo no pasara por usted. De su cabello se borran las canas y nunca más las verá aparecer. Si por alguna razón no observa tales efectos circule la noticia como lo ha hecho con ésta y yo estaré aquí tan pronto como me sea posible.

Sin más, el hombre de la flama montó su dromedario y partió con dirección a oriente sin ser detenido por nadie.

Todos los días, a partir de entonces, el monarca siguió el procedimiento al pie de la letra y alcanzó la longeva edad de ciento noventa y nueve años sin que el tiempo dejara ningún rastro en su cuerpo. Sin embargo, la curiosidad por descifrar el significado de las letras que bordeaban su piedra siempre se mantuvo latente. De tal forma que la primera noche de agosto, cercana a su ducentésimo aniversario, pudo descubrir la significación de aquella leyenda que rezaba:

Efageic yelpmis auga.

Nadie supo cómo logró descifrar aquello, lo cierto fue que tras hacerlo se sintió extrañamente timado. Y así, tan rápido como satisfizo su curiosidad, comenzó una agonía que rebasó los cincuenta días, en los cuales, consumido por las llagas que envolvieron su cuerpo enfermo y frágil, escuchaba a la distancia el ladrar y los aullidos de un temible perro negro que rondaba su portentoso palacio. Hasta que un día el sol se ocultó en su imperio mientras clamaba al cielo por que se apiadara de su pobre alma.